

www.elboomeran.com

MICHAEL IGNATIEFF

SANGRE Y PERTENENCIA

VIAJES AL NUEVO
NACIONALISMO

**EL
HOMBRE
DEL
TR3S**

El último refugio

SEÑORES DE LA GUERRA

El puesto de control de Naciones Unidas era una cabina prefabricada rodeada de sacos de tierra a cargo de dos soldados canadienses que vigilaban una barrera en la carretera entre los sectores serbio y croata de Pakrac, en el centro de Croacia. La carretera hasta el puesto avanzaba entre chalets destrozados, coches volcados en los arcenes y jardines abandonados donde la hierba llegaba a media altura. Apenas visibles entre la hierba, al llegar al puesto, estaban dos vigías croatas adolescentes con sus prismáticos fijos en el lado serbio.

La ONU acababa de dejarnos pasar al territorio serbio cuando quince paramilitares serbios armados rodearon nuestra furgoneta. Habían estado bebiendo en una boda en su pueblo. El más borracho, con ojos cansados y vidriosos, abrió por la fuerza la puerta de la furgoneta y entró. «Os estamos vigilando», afirmó, haciendo con las manos el gesto de unos prismáticos. «Habláis con la Ustache», y señaló a los croatas escondidos en la hierba. Entonces sacó la pistola de su cinturón. «Jodidos espías», dijo. A punta de pistola ordenó al conductor que se bajara, tomó el volante y empezó a

revolucionar el motor. «Me muero por grabar esto», se quejó un cámara en el asiento de atrás. «Si lo haces, este te mata», murmuró alguien al fondo.

El serbio metió la marcha y empezó a avanzar cuando uno de los soldados de la ONU abrió la puerta de un tirón, agarró las llaves y apagó el motor. «Haremos esto a mi manera», dijo el soldado, respirando pesadamente, y entre tirones y ruegos sacó al serbio del asiento del conductor. Otro joven serbio vestido de camuflaje forzó su entrada en la furgoneta y sacudió la cabeza: «Soy policía. Estáis arrestados. Seguidme».

Ese fue el instante, en mis viajes en busca del nuevo nacionalismo, en el que empecé a comprender qué aspecto tiene el nuevo orden mundial: paramilitares, ebrios de brandy local y paranoias étnicas, intercambian disparos en un erial; los separa un puesto de control, instalado por algo con el rimbombante nombre de «comunidad internacional», pero que de hecho se reduce a dos adolescentes aterrados; y un equipo de televisión preocupado, por un par de segundos, por si saldrán de allí con vida.

La autoridad de la «comunidad internacional» no cubría más allá de 150 metros a cada lado del puesto. A partir de ahí era la ley del más fuerte. Los paramilitares nos llevaron a la comisaría de policía del pueblo, donde el jefe se pasó una hora convenciéndose de que como el abuelo de nuestro traductor había nacido en la isla croata de Krk, era un espía croata. En ese instante llegó una llamada de teléfono que ordenó al jefe que nos liberara. Nadie nos explicó quién había dado la orden. Debió de ser el señor de la guerra local. Fue mi primer encuentro con el poder de un señor de la guerra, pero no el último.

Soy hijo de la Guerra Fría. Nací en 1947, el año del bloqueo de Berlín, y mi primer recuerdo político de importancia es tener mucho miedo, durante un día, cuando la crisis de los misiles cubanos de 1962. Al mirar atrás, veo que he vivido en la última era imperial, la última época en la que los estados nación del mundo estaban claramente repartidos en dos esferas de influencia antagónicas,

la última vez que el terror produjo paz. Ahora el terror solo parece producir más terror.

Si el siglo XXI empezó antes de tiempo, como algunos sostienen, empezó en 1989. Cuando cayó el Muro de Berlín, cuando Václav Havel salió al balcón de la Plaza Wenceslao de Praga y las multitudes celebraron el colapso de los regímenes comunistas en Europa, pensé, como mucha gente, que estábamos a punto de contemplar una nueva era de democracia liberal. Mi generación casi se había conformado con la idea de hacerse vieja en el miedo y la parálisis de la Guerra Fría. De repente, un nuevo orden de países libres empezó a cobrar forma desde las Repúblicas bálticas hasta el Mar Negro, de Tallin a Berlín, de Praga a Budapest, Belgrado y Bucarest. En agosto de 1991, cuando los moscovitas defendieron el parlamento ruso de los tanques, pensamos que el coraje cívico que había derribado el último imperio del siglo XX podía incluso ser capaz de sostener la transición de Rusia a la democracia. Hasta pensamos, durante un rato, que la ola democrática del Este podría arrastrar a nuestras agotadas oligarquías en el Oeste.

Pronto averiguamos cuán equivocados estábamos. Porque lo que ha sucedido a la última era imperial es una nueva era de violencia. El discurso fundamental del nuevo orden mundial es la desintegración de los estados nación en guerras civiles de raíz étnica; los arquitectos fundamentales de ese orden son los señores de la guerra, y el lenguaje fundamental de nuestra época es el nacionalismo étnico.

Con una ingenua ligereza, asumimos que el mundo dejaba atrás el nacionalismo irrevocablemente, el tribalismo, los límites provincianos de las identidades marcadas por nuestros pasaportes, de camino a una cultura global de mercado que iba a ser nuestro nuevo hogar. Visto ahora, silbábamos en la oscuridad. Lo que estaba reprimido ha vuelto, y su nombre es nacionalismo.

NACIONALISMO CÍVICO Y ÉTNICO

Como doctrina política, el nacionalismo es la idea de que los pueblos están divididos en naciones y que cada una de esas naciones tiene derecho a la autodeterminación, bien como unidades de autogobierno dentro de estados nación ya existentes, bien como estados nación mismos.

Como ideal cultural, el nacionalismo es la creencia de que aunque los hombres y las mujeres tienen muchas identidades, es la nación la que les proporciona la forma primaria de pertenencia.

Como ideal moral, el nacionalismo es una ética del sacrificio heroico, que justifica el uso de la violencia en defensa de la nación propia frente a los enemigos internos y externos.

Estas concepciones, política, moral y cultural, se refuerzan recíprocamente. La consideración moral de que las naciones tienen derecho a ser defendidas por la fuerza o la violencia parte de la consideración cultural de que las necesidades que satisface en cuanto a protección y pertenencia son de una importancia superior. La idea política de que todos los pueblos deben luchar por ser naciones se basa en la idea cultural de que solo una nación puede satisfacer esas necesidades. A su vez, la idea cultural avala la propuesta política de que esas necesidades no pueden ser satisfechas sin la autodeterminación.

Todas estas ideas son discutibles, y ninguna es evidente por sí misma. Muchas de las tribus del mundo y de las minorías étnicas no piensan en sí mismas como naciones; muchas no buscan ni reclaman un estado propio. Tampoco es obvio que la identidad nacional debe ser un elemento más importante de la identidad personal que ningún otro; ni que la defensa de la nación justifique el uso de la violencia.

Pero por el momento lo que importa es que una cuestión central del nacionalismo es establecer las condiciones bajo las cuales está justificada la fuerza o la violencia para defender a un pueblo, cuando su derecho a la autodeterminación está en riesgo o es

negado. Autodeterminación puede significar en este contexto tanto autogobierno democrático como el ejercicio de la autonomía cultural, según si el grupo nacional en cuestión crea que puede alcanzar sus objetivos dentro de un estado ya existente o si busca un estado propio.

En todas las formas del nacionalismo, la soberanía nacional reside en «el pueblo»; de hecho, la palabra «nación» es a menudo un sinónimo de «el pueblo», pero no todos los movimientos nacionalistas crean regímenes democráticos, porque no todos los nacionalismos incluyen a todo el pueblo en su definición de lo que constituye la nación.

Un tipo, el «nacionalismo cívico», mantiene que la nación debe estar formada por todos aquellos que suscriben el credo político de la nación, independientemente de su raza, color, fe, género, lengua o etnia. Este nacionalismo se llama cívico porque considera a la nación como una comunidad de ciudadanos iguales poseedores de derechos, unidos por un vínculo patriótico a un conjunto compartido de usos y valores políticos. Este nacionalismo es necesariamente democrático ya que la soberanía reside en todo el pueblo. Algunos elementos de esta formulación fueron alcanzados por primera vez en el Reino Unido. A mediados del siglo XVIII, Gran Bretaña ya era un estado nación compuesto por cuatro naciones, la irlandesa, la escocesa, la galesa y la inglesa, unidas por una definición cívica más que étnica de pertenencia, es decir, por un vínculo común con ciertas instituciones, la Corona, el Parlamento y el imperio de la ley. Pero no fue hasta las revoluciones francesa y americana, y la creación de las repúblicas en estos países, cuando el nacionalismo cívico emprendió la conquista del mundo.

En la práctica, ese ideal resultó más fácil de implementar porque las sociedades de la Ilustración eran étnicamente homogéneas o se comportaban como si lo fueran. Quienes no pertenecían a la clase política con derecho a voto de hombres blancos con propiedades, o sea los trabajadores, las mujeres, los esclavos de

color y los pueblos indígenas, estaban excluidos de la ciudadanía y por tanto de la nación. Durante todo el siglo XIX y el arranque del XX, estos grupos lucharon por su inclusión. Como resultado de esa lucha, la mayoría de los estados nación occidentales ahora definen su nacionalidad en términos de una ciudadanía común, no de un origen étnico común. Una excepción prominente es Alemania.

La invasión y ocupación napoleónicas de los principados alemanes en 1806 desató una ola de furia patriótica alemana y de retórica romántica contra el ideal francés del estado nación. Los románticos alemanes defendían que no era el estado el que creaba la nación, como pensaba la Ilustración, sino la nación, el pueblo, lo que creaba el estado. Lo que daba unidad a la nación, lo que la convertía en un hogar, el foco de un vínculo apasionado, no era la fría arquitectura de los derechos compartidos, sino las características étnicas preexistentes: lengua, religión, costumbres y tradiciones. La nación como *Volk*, como pueblo, había comenzado su largo y turbulento camino en el pensamiento europeo. Todos los pueblos que en la Europa del siglo XIX estaban bajo el dominio de un imperio (los polacos y los bálticos bajo el yugo ruso, los serbios bajo el turco, los croatas bajo el habsburgo) miraron al ideal alemán de nacionalismo étnico al articular su derecho a la autodeterminación. Cuando Alemania consiguió la unificación en 1871 y alcanzó la categoría de potencia mundial, su logro fue una demostración del éxito del nacionalismo étnico a todas las naciones cautivas de la Europa imperial.

De estos dos tipos de nacionalismo, el cívico se ajusta mejor a la realidad sociológica. La mayoría de las sociedades no son mono-étnicas, e incluso cuando lo son, un origen étnico compartido no borra por sí mismo las divisiones internas, ya que la etnicidad es solo una de las muchas lealtades a las que se debe un individuo. Según el nacionalismo cívico, lo que mantiene unida una sociedad no son unas raíces comunes sino la ley. Al suscribir un conjunto de procedimientos y valores democráticos, los individuos pueden

combinar el derecho a vivir sus propias vidas con la necesidad de pertenecer a una comunidad. Esto, a su vez, asume que la pertenencia a una nación puede ser en cierto modo un vínculo racional.

El nacionalismo étnico, en cambio, defiende que los vínculos más profundos de un individuo son heredados, no elegidos. Es la comunidad nacional la que define al individuo, no los individuos los que definen la comunidad nacional. Esta psicología de la pertenencia puede ser más profunda que la del nacionalismo cívico, pero la sociología que la acompaña es mucho menos realista. Por ejemplo, el hecho de que dos serbios compartan identidad étnica les puede unir frente a los croatas, pero no les impedirá enfrentarse por trabajos, pareja, recursos escasos y más cosas. Una etnicidad común no crea por sí sola cohesión social ni una comunidad, y cuando fracasa al hacerlo, como siempre ocurre, los regímenes nacionalistas acaban necesariamente manteniendo la unidad por la fuerza, no por el consentimiento. Esta es una de las razones por las que los regímenes nacionalistas étnicos son más autoritarios que democráticos.

También pueden resultar autoritarios porque son, fundamentalmente, un tipo de democracia ejercida en el interés de la mayoría étnica. La mayoría de los nuevos estados nación surgidos de la guerra fría simulan defender la idea de una sociedad de iguales y protegen los derechos de las minorías. En la práctica, nuevos países como Serbia y Croacia, los países bálticos o las nuevas repúblicas asiáticas, han institucionalizado el dominio de la mayoría étnica. El nacionalismo étnico es una tentación especial para aquellas mayorías étnicas, como los ucranianos o los pueblos bálticos, antiguamente gobernadas por las minorías rusas apoyadas desde Moscú.

A veces se dice que el nacionalismo étnico autoritario solo surge allí donde el nacionalismo cívico nunca ha llegado a establecerse. Según esta opinión, el nacionalismo étnico ha florecido en Europa Oriental porque cuarenta años de gobierno comunista destruyeron toda la cultura cívica o democrática que la región

pudo llegar a tener. Si eso es cierto, el nacionalismo étnico no debería poder penetrar con fuerza en sociedades con fuertes tradiciones democráticas. Por desgracia, no es así. El racismo europeo es un tipo de nacionalismo étnico blanco; de hecho, es una revuelta contra la esencia del nacionalismo cívico, contra la propia idea de una nación basada en la ciudadanía en vez de la etnicidad. Esta revuelta está ganando terreno en países como Gran Bretaña, Italia, Francia, Alemania o España, con una considerable experiencia democrática, aunque en distintos grados.

También hay bastantes ejemplos (Irlanda del Norte, la India y Canadá, por nombrar tres) en los que el nacionalismo étnico florece en estados formalmente comprometidos con la democracia cívica. En Irlanda del Norte, entre 1920 y 1972, la mayoría lealista, de fe protestante, utilizó el sistema parlamentario inglés para someter a algo similar a una tiranía de la mayoría a la minoría católica. Su experiencia bajo la tradición legal y democrática británica no hizo nada por impedir que los lealistas manipularan la democracia con fines nacionalistas. En la India, cuarenta y cinco años de democracia cívica apenas han contenido los nacionalismos étnicos y religiosos que están destrozando el sistema federal del país. En Canadá, el panorama es más optimista, pero el argumento es el mismo. La inclusión plena en un sistema democrático federal no ha reducido la fuerza del nacionalismo quebequés.

En todos estos lugares, el atractivo fundamental del nacionalismo étnico se basa en ser un argumento a favor del dominio de la mayoría étnica, para mantener a los enemigos controlados o para acabar con una historia de subordinación cultural. En las naciones de Europa del Este, el nacionalismo étnico ofrece algo más. Cuando el Imperio soviético y sus regímenes satélite se hundieron, las estructuras de los estados nación de la región también desaparecieron, y cientos de grupos étnicos quedaron a merced unos de otros. Como ninguno de estos grupos tenía ni la más mínima experiencia en resolver sus diferencias mediante el debate democrático, la fuerza o la violencia se convirtieron en su árbitro.

La retórica nacionalista se propagó por estas zonas como un incendio, porque proporcionaba a pistoleros y a señores de la guerra un vocabulario de autojustificación oportunista. Entre el miedo y el pánico que recorrió las ruinas de los estados comunistas la gente empezó a preguntar: ¿quién nos va a proteger ahora? Ante una situación de caos político y económico, la gente quería saber de quién se podía fiar y a quién podía considerar de los suyos. El nacionalismo étnico ofrecía una respuesta que era intuitivamente obvia: confía solo en aquellos de tu propia sangre.

PERTENENCIA

Pero si el nacionalismo legitima una llamada a la lealtad de sangre, y a su vez al sacrificio de sangre, solo lo puede hacer convincentemente si parece apelar a la mejor naturaleza de la gente, y no solo a sus peores instintos. Dado que el asesinato no es una cuestión que se pueda tomar con ligereza, debe realizarse por un motivo que permita a quien lo haga pensar bien de sí mismo. Si la violencia va a ser legítima, debe serlo en nombre de lo mejor de un pueblo, ¿y qué puede ser mejor que el amor a su tierra?

Los nacionalistas son extremadamente sentimentales. El *kitsch* es la estética natural de una limpieza étnica. No hay ningún asesino en cualquier lado de los puestos de control que no se detenga, mientras dispara a sus enemigos, para cantar una canción nostálgica, o incluso recitar algunos versos de una épica tradicional. El objetivo latente de esa sentimentalidad es dejar ver que uno se halla atrapado por un amor más fuerte que la razón, mayor que la voluntad, una pasión similar al destino. Ese amor soporta la creencia de que es el destino, por trágico que resulte, lo que te obliga a matar.

Despojados de esa sentimentalidad, ¿en qué consiste esta pertenencia, y la necesidad que genera, que el nacionalismo parece satisfacer de modo tan exitoso? Cuando los nacionalistas sostienen que la pertenencia nacional es la forma más importante de

pertenencia, quieren decir que no hay ninguna otra forma de pertenencia (a la familia, a la profesión o a los amigos) que sea segura si no tienes una nación que te proteja. Eso es lo que demanda sacrificio en defensa de la nación. Sin la protección de una nación todo lo que un individuo valora puede ser destruido. La pertenencia, en esta versión, es sobre todo protección de la violencia. Uno pertenece allí donde está a salvo, y donde está a salvo es donde pertenece. Si el nacionalismo es persuasivo porque justifica la violencia, también lo es porque ofrece protección de la violencia. El señor de la guerra es el protector de su gente; si mata, lo hace en defensa de la causa más noble: la protección de los inocentes.

Pero pertenecer también significa ser reconocido y ser comprendido. Como escribió Isaiah Berlin en *Dos conceptos de la libertad*, cuando estoy entre mi gente «ellos me entienden, como yo les entiendo a ellos; y este entendimiento crea en mí la sensación de ser alguien en el mundo». Pertenecer es entender los códigos tácitos de la gente con la que vives; es saber que vas a ser entendido sin tener que explicarte. La gente, en resumen, «habla tu idioma». Este es el motivo, por cierto, por el que la protección y la defensa de la lengua de la nación es una causa nacionalista tan emotiva, ya que es la lengua, más que la historia o el territorio, lo que proporciona la forma más esencial de pertenencia, que es ser entendido. Uno puede, claro, ser entendido en lenguas y en países distintos a los propios; se puede encontrar la pertenencia incluso en el exilio. Pero la afirmación nacionalista es que la pertenencia plena, la cálida sensación de que la gente entiende no solo lo que dices sino lo que quieres decir, solo es posible cuando estás entre tu propia gente en tu tierra natal.

COSMOPOLITAS Y PRIVILEGIADOS

Si tu padre ha nacido en Rusia, tu madre en Inglaterra, te has educado en Estados Unidos y tu vida profesional ha transcurrido

en Canadá, el Reino Unido y Francia, difícilmente puedes ser un nacionalista étnico. Si alguien puede declararse cosmopolita, debo ser yo. Ojalá hablara más idiomas de los que hablo, ojalá hubiera vivido en más países y ojalá más gente comprendiera que la expatriación no es exilio: es solo la pertenencia de aquellos que eligen su hogar en lugar de heredarlo.

Durante muchos años pensé que la corriente favorecía a los cosmopolitas como yo. Para empezar, parecíamos ser muchos. Había al menos una docena de ciudades globales, gigantescos crisoles multiétnicos que acogían a expatriados, exiliados, emigrantes y transeúntes de todo tipo. Entre la población urbana y profesional de estas ciudades globales, una conciencia posnacional se daba por descontada. En esos lugares, a nadie le importaba el pasaporte de la gente con la que vivía o trabajaba; a nadie le preocupaba de dónde venían los bienes que compraban; sencillamente asumían que en la construcción de su estilo de vida tomarían prestado de todas las culturas que les atrajeran. Los cosmopolitas creaban una ética positiva del préstamo cultural: en la cultura, la exogamia era mejor que la endogamia, y la promiscuidad mejor que el provincialismo.

En sí misma, esta ética cosmopolita no era nada nuevo. Hemos vivido en una economía global desde 1700, y muchas de las grandes ciudades del mundo han sido cruces de caminos globales desde hace siglos. Un mercado global ha limitado la soberanía y la libertad de maniobra de los estados nación, al menos desde que Adam Smith elaboró por vez primera una teoría sobre ese fenómeno a comienzo de la era del nacionalismo, en 1776. Un mercado global de las ideas y las formas culturales ha existido por lo menos desde la República de las letras de la Ilustración. Cosmopolitas desarraigados han existido como tipología social en las grandes ciudades imperiales desde hace siglos.

Dos características, sin embargo, distinguen el cosmopolitismo de las grandes ciudades de nuestra era de lo que había en el pasado. Primero, la variedad social y racial. La democracia del siglo xx y la prosperidad de la posguerra mundial han ampliado

el privilegio del cosmopolitismo de una pequeña minoría de varones blancos con dinero a una considerable minoría de la población de los países del mundo desarrollado. De repente, somos muchos, y nuestra sensación de compartir una conciencia posnacional ha sido reforzada poderosamente por los viajes aéreos asequibles y las telecomunicaciones.

El segundo cambio evidente es que el mercado global en el que vivimos ya no está ordenado por un sistema imperial estable. Durante doscientos años, la expansión global del capitalismo fue modelada por las ambiciones territoriales y la capacidad de control de una sucesión de potencias imperiales, los imperios británico, francés, alemán, austrohúngaro y ruso del siglo XIX y principios del XX y los imperios soviético y estadounidense tras la Segunda Guerra Mundial. Desde 1989, estamos en la primera era de cosmopolitismo global en la que no hay ninguna estructura de orden imperial.

En el siglo XX ha habido tres grandes reordenamientos del sistema europeo de estados nación: en Versalles en 1918, cuando las nuevas naciones de Europa Oriental fueron creadas de entre los escombros de los imperios austrohúngaro, ruso y otomano; en Yalta en 1945, cuando Roosevelt, Stalin y Churchill distribuyeron los países de Europa Occidental y Oriental en dos esferas de influencia; y entre 1989 y 1991, cuando el Imperio soviético y los regímenes comunistas de Europa Oriental se hundieron. Lo que distingue este tercer reordenamiento es que ha ocurrido sin ningún tipo de acuerdo imperial. No existe ningún tratado que regule el conflicto entre la integridad territorial de los estados nación de Europa Oriental y el derecho a la autodeterminación de los pueblos que los componen. Por cada resolución de este conflicto a través de un divorcio civilizado, al estilo checo, ha habido una docena de conflictos armados. La razón básica es evidente: la policía imperial ha desaparecido.

Estados Unidos puede ser la última superpotencia, pero no es una potencia imperial: su autoridad se ejerce en defensa de unos

intereses exclusivamente nacionales, no para el mantenimiento de un sistema imperial de orden global. Como resultado, grandes regiones de África, Europa Oriental, el Asia soviética, América Latina y Oriente Próximo ya no pertenecen a ningún área de influencia claramente definida por un imperio o una gran potencia. Esto significa que una gran parte de la población mundial ha obtenido el «derecho a la autodeterminación» en los términos más crueles posibles: han de luchar por sí mismos. No es sorprendente que sus estados nación se estén hundiendo, como ocurre en Somalia y en muchos otros países africanos. En zonas cruciales del mundo, que solían estar muy vigiladas por los imperios (por ejemplo, los Balcanes) las poblaciones se encuentran sin un árbitro imperial al que acudir. No es de extrañar que, libres de cualquier atadura, se hayan lanzado unas sobre otras para un ajuste de cuentas final que la presencia de los imperios había demorado mucho tiempo.

El globalismo en una era postimperial solo permite una conciencia posnacional a aquellos cosmopolitas que tienen la fortuna de vivir en el opulento Occidente. Ha traído caos y violencia a los numerosos pueblos pequeños demasiado débiles para establecer estados defendibles propios. Los musulmanes de Bosnia son quizás el ejemplo más dramático de un pueblo que buscó en vano la protección de vecinos más poderosos. Los ciudadanos de Sarajevo eran verdaderos cosmopolitas, firmes partidarios de la heterogeneidad étnica. Pero carecían tanto de un protector imperial fiable como de un estado propio para garantizar la paz entre etnicidades en conflicto.

Lo que ha ocurrido en Bosnia debe hacer reflexionar a todo el que crea en las virtudes del cosmopolitismo. Es demasiado obvio que el cosmopolitismo es un privilegio de aquellos que pueden dar por garantizado un estado nación seguro. Aunque hemos pasado a una era postimperial, no estamos en una era posnacional, y no alcanzo a ver cómo lo podemos lograr. El orden cosmopolita de las grandes ciudades —Londres, Los Ángeles, Nueva York, París— depende de modo crítico de la capacidad de

imponer normas del estado nación. Cuando ese orden se rompe, como ocurrió en los disturbios de Los Ángeles de 1992, resulta obvio que las ciudades civilizadas, cosmopolitas y multiétnicas tienen tanta propensión al conflicto étnico como cualquier país de Europa Oriental.

En este sentido, por tanto, los cosmopolitas como yo no estamos más allá de la nación; y un espíritu cosmopolita y posnacional siempre va a depender, en última instancia, de la capacidad de los estados nación de proporcionar protección y orden a sus ciudadanos. Solo por eso soy un nacionalista cívico, una persona que cree en la necesidad de aquellas y en el deber de los ciudadanos de defender la capacidad de las naciones para ofrecer la protección y los derechos que todos necesitamos para vivir vidas cosmopolitas. Como poco, el desdén cosmopolita y el asombro ante la ferocidad con la que la gente lucha por obtener un estado nación propio está equivocado. Al fin y al cabo, solo están luchando por un privilegio que los cosmopolitas hace mucho que dan por hecho.

SEIS VIAJES

Es difícil generalizar cuando se habla de nacionalismo. No es una sola cosa bajo muchos disfraces, sino muchas cosas bajo muchos disfraces; los principios del nacionalismo pueden tener consecuencias terribles en un lugar, y, en otro, resultar inocuos o incluso positivos. El contexto lo es todo. Quería ver el nacionalismo en tantas formas como fuera posible. ¿Adónde debía ir?

Escogí un itinerario personal, pero espero que no arbitrario. Elegí lugares donde había vivido, que me interesaban y sobre los que sabía lo suficiente como para pensar que podían ilustrar ciertos temas fundamentales.

Comencé el viaje en Yugoslavia, porque había vivido allí dos años de pequeño y lo conocía lo suficientemente bien durante el apogeo de Tito como para que me asombrara que fuera allí donde

se acuñara el término «limpieza étnica». Los treinta y cinco años de gobierno de Tito no me parecían un mero interludio de paz en una historia interminable de guerra étnica en los Balcanes. En la Yugoslavia que yo había amado, croatas, serbios y musulmanes habían vivido como vecinos. ¿Qué había convertido a los vecinos en enemigos? ¿Cómo exactamente la paranoia nacionalista había desgarrado la estructura de convivencia interétnica para producir el nuevo sistema de estados separados étnicamente homogéneos?

Mi siguiente viaje fue a Alemania, la nación que primero inventó el nacionalismo étnico con los románticos y luego lo desacreditó con Hitler, y que ahora lucha por contener el nacionalismo étnico en su moderna encarnación en Europa Occidental: las bandas racistas juveniles. La Alemania de la posguerra se considera a sí misma una democracia cívica, pero sus leyes aún definen la ciudadanía desde la etnicidad. Es la sociedad europea más atormentada por la elección entre sucumbir a su pasado de nacionalismo étnico y construir un nacionalismo cívico de futuro.

De los quince estados sucesores del Imperio soviético, Ucrania es el más grande: una superpotencia nuclear que experimenta la independencia por vez primera y descubre lo difícil que es superar siglos de dominación rusa. Fue una elección natural para un viaje a los restos del Imperio soviético. Pero también había una razón personal para elegir Ucrania. Mis abuelos y bisabuelos eran terratenientes rusos que tenían posesiones en Ucrania. Qué mejor manera, pensé, de explorar la profunda intrincación de la identidad rusa y la ucraniana que volver a esas tierras y ver cómo eran recordados mis antepasados en un país nuevo.

El mismo motivo personal me llevó a elegir Quebec, donde aquellos abuelos rusos acabaron exiliados. El nacionalismo que mejor conozco, el que ha desgarrado mi país —Canadá— durante treinta años, es el quebequés. He aquí un nacionalismo en una sociedad moderna, desarrollada y democrática, una reclamación de autodeterminación cultural y lingüística que genera una cuestión fundamental, también relevante en Escocia y Cataluña: si ya

eres una nación y disfrutas de una autonomía considerable, ¿para qué necesitas un estado propio?

Dado que el nacionalismo a menudo es considerado un tipo de tribalismo, Quebec también ofrecía la oportunidad de observar cómo la conciencia tribal y la nacional interactúan en un pueblo nativo del norte de Quebec, los Cree, que han adoptado el lenguaje de la autodeterminación nacional para enfrentarse a los planes de Quebec para el desarrollo económico del norte. ¿Cómo se enfrentan los nacionalistas quebequeses a su vez a un desafío nacionalista interior?

Como me dijo un nacionalista tártaro de Crimea, en Ucrania, solo un hombre que no tiene madre sabe lo que significa una madre. Solo un hombre sin estado sabe lo que un estado nación significa. Entre los muchos pueblos sin estado del mundo, de los tártaros de Crimea a los palestinos, los más numerosos son los kurdos. La creación del enclave kurdo en el norte de Irak por los ejércitos occidentales de la guerra del Golfo me permitió comprobar por mí mismo hasta qué punto una autonomía limitada y el autogobierno han transformado un pueblo que nunca ha tenido un hogar propio. En la lucha kurda por una patria han tenido que luchar contra cuatro de los nacionalismos laicos y religiosos más agresivos del siglo xx: la Turquía de Kemal Ataturk, el Irán del Ayatollah Jomeini, el Irak de Saddam Hussein y la Siria de Hafez Al-Assad. ¿Puede su lucha nacional unir finalmente a los kurdos? Dicho de otra forma, ¿puede el nacionalismo crear una nación?

Mi último viaje me llevó a estudiar la ruidosa identidad nacional de mi país de adopción, el Reino Unido. El mejor sitio para observar esta identidad bajo presión es sin duda la ciudad de Belfast, donde la comunidad lealista protestante lleva setenta y cinco años defendiendo su derecho a ser británicos contra el movimiento nacionalista más violento de Europa Occidental, el IRA. ¿A qué exactamente son leales los lealistas? ¿Es un culto religioso de lo británico o un espejo en el que los británicos pueden ver una imagen distorsionada de lo que son en realidad? Retornar a la

ardiente identidad británica del Úlster me permitió contemplar la presunción fundamental en la que caen los cosmopolitas en todas partes, y los británicos en especial, acerca de la marea de nacionalismo étnico que está destruyendo los puntos de referencia del mundo de la Guerra Fría: todos los demás son unos fanáticos, todos, salvo nosotros, son nacionalistas. Si el patriotismo, como dijo Samuel Johnson, es el último refugio de los canallas, el posnacionalismo y el desdén por los sentimientos nacionalistas que lo acompañan puede que sean el último refugio del cosmopolita.